

Contra la mediocridad: por una cultura del esfuerzo y la excelencia.

Por Philippe Quesada Jassoud.

En tiempos donde se pierden las fronteras entre lo valioso y lo trivial, es urgente reflexionar sobre una tendencia cada vez más visible: la normalización de la mediocridad. Esta inclinación hacia lo fácil, lo cómodo y lo mínimo indispensable, lejos de ser un simple hábito, representa un serio obstáculo para el desarrollo personal y el progreso colectivo. Cuando el mérito deja de ser reconocido y el esfuerzo es visto con indiferencia, se debilita el motor que impulsa a las sociedades hacia un futuro más justo y próspero.

A lo largo de la historia, los avances más significativos han surgido de la mano de quienes se atrevieron a ir más allá, a innovar, a trabajar con tenacidad y visión. Sin embargo, hoy observamos con inquietud cómo se desacredita a quienes destacan por su talento o disciplina, mientras se promueve una falsa idea de equidad basada en la nivelación hacia abajo. Buscar la igualdad eliminando las diferencias legítimas de capacidad, mérito o dedicación, no es justicia: es estancamiento.

No se puede combatir la pobreza destruyendo la riqueza, ni fomentar la inclusión promoviendo el conformismo. La mediocridad, presentada a veces como virtud o símbolo de humildad, puede convertirse en una trampa colectiva que condena a la sociedad a la inercia. En cambio, es indispensable construir una cultura del esfuerzo, donde cada persona tenga la oportunidad real de desarrollar sus capacidades al máximo.

La verdadera equidad no radica en tratar a todos por igual, sino en brindar a cada uno las condiciones necesarias para que pueda crecer según su vocación, sus talentos y sus decisiones. No se trata de instaurar una competencia despiadada, sino de comprender que una sociedad florece cuando cada individuo aporta lo mejor de sí mismo en el campo donde puede brillar.

Asimismo, es momento de replantear nuestra relación con el éxito y la riqueza. Estos no deberían ser condenados ni vistos con recelo, sino gestionados con responsabilidad y solidaridad. La riqueza, bien entendida y bien utilizada, puede ser una poderosa herramienta para crear bienestar colectivo. Demonizarla en nombre de la equidad solo conduce a perpetuar las carencias y a impedir el ascenso social de quienes buscan mejorar su destino.

Si aspiramos a construir un mañana más esperanzador, debemos volver a poner en el centro valores como el mérito, la excelencia, la dedicación y el compromiso. Eduquemos a las nuevas generaciones en el valor del trabajo bien hecho, del aprendizaje constante y del deseo de superarse no como un privilegio, sino como un deber ético hacia sí mismos y hacia la comunidad.

Una sociedad que renuncia a la excelencia está destinada a perder su dinamismo y su capacidad de transformación. Por eso, no dejemos que la mediocridad se normalice ni que el conformismo marque la pauta. Solo recuperando el respeto por el mérito y abrazando el desafío de ser mejores, podremos construir un futuro más digno, más libre y más humano.